

CAPÍTULO XXXIX.

Literatura siciliana.

GENIO DE LA SICILIA.—TIMEO EL HISTORIADOR.—BINTON Y LA HILAROTRAGEDIA.—TEÓCRITO.—IDILIOS DE TEÓCRITO.—IDILIOS BUCÓLICOS.—LAS SIRACUSANAS.—IDILIOS MITOLÓGICOS.—EPÍSTOLAS.—EPÍGRAMAS DE TEÓCRITO.—JUICIO SOBRE TEÓCRITO.—BION Y MOSCO.

Genio de la Sicilia.

La poblacion griega de la gran ciudad fundada en Egipto por Alejandro era una aglomeracion de toda clase de elementos diversos, sin cohesion, sin unidad; una mezcla confusa de todas las razas, de todos los espíritus, de todos los dialectos; y por consiguiente, no ha de sorprendernos la carencia completa de originalidad en la literatura alejandrina. La Grecia de Egipto tardó largos siglos en tomar un carácter verdaderamente suyo, en tener á su vez un genio propio, y en proclamarse con razon heredera de la Grecia europea. Con todo, la vieja Sicilia, á la que hasta ahora hemos visto pagar su crecido tributo á las letras y al pensamiento, solo necesitaba acordarse de sí misma para producir tambien, en el siglo III antes de Jesucristo, obras vivas y originales; y así lo hizo. No la faltó la poesia, por la cual suspiraban en vano los hombres del Museo, y para juzgar si los estudios severos florecieron tambien en ella, basta pronunciar el gran nombre de Arquímedes.

Timeo el historiador.

Entre los prosistas sicilianos de este período, el mas co-

nocido, dejando aparte á Arquímedes, de quien no tenemos que ocuparnos, es el historiador Timeo de Tauromenium, al que no conocemos empero sino por el testimonio de los escritores posteriores. Compuso una historia de Sicilia en mas de cuarenta libros, obra notable por la exactitud cronológica, por la extension de las investigaciones y por la abundancia de los pormenores; pero estas preciosas calidades eran oscurecidas por gravísimos defectos. El estilo de Timeo carecia de sencillez, y este historiador mereció desgraciadamente figurar entre los modelos de la que se llamaba elocuencia asiática, esto es, elocuencia semejante á la de los oradores ó retóricos de la escuela degenerada de Esquino. Algunos le hacian otro cargo muy grave, acusándole de complacerse en contar fábulas, de fallar con sobrada frecuencia á la imparcialidad, y de ver con preferencia el lado malo de las acciones humanas.

Polibio, que comenzó la narracion de los sucesos en el mismo punto donde la terminara Timeo, es muy severo con el historiador por cuyo continuador se da varias veces. El libro duodécimo de su obra, ó á lo menos lo que resta del mismo, está casi todo consagrado á la crítica de la de Timeo. El autor llega al extremo de decir que Timeo no se equivoca siempre involuntariamente, y menciona algunos hechos que prueban en su antecesor un respeto no muy alto á la verdad verdadera. Búrlase con mucha gracia de las prolijas arengas que Timeo ponía contra toda verosimilitud en boca de sus personajes, y del ridiculo patriotismo que le hacia considerar mas importante á la Sicilia sola que la Grecia entera, y únicamente digno de la atencion del

mundo lo que se hacia en Sicilia, y á los sicilianos como el pueblo mas sábio, y á los siracusanos como á los primeros hombres y los mas aptos para las grandes empresas. «De suerte, añade Polibio, que apenas deja á los niños de nuestras escuelas ó á los jóvenes achispados la probabilidad de sobrepujarle en argumentos extravagantes, en algun panegirico de Tersítas, ó en una diatriba contra Penélope, ó en otra cualquier paradoja de este jaez.» Pero la imperfeccion que mas particularmente señala Polibio, es que la obra de Timeo estaba redactada con presencia de otras obras, y que el autor nunca fué mas que un literato, extraño al arte militar, á la política, y por consiguiente desprovisto de las cualidades mas esenciales del grande historiador. Hé aquí sobre el particular algunas reflexiones de Polibio que merecen la atencion del lector, siendo tan justas y sensatas hoy como há veinte siglos: «En su libro trigésimo cuarto escribe Timeo estas líneas: «He residido continuamente en Aténas por espacio de cincuenta años; claro está pues que no he podido iniciarme en la profesion de las armas. —No, Timeo, ni menos en el conocimiento de los lugares por tí mismo.»

De lo cual resulta que si en el decurso de la historia da con algun pormenor de topografía, miente ó se equivoca; y cuando halla la verdad, sucédele lo que á los pintores que representan en sus cuadros animales copiados de maniqués: en esas composiciones, los perfiles son á veces primorosos; pero lo que falta es el vigor de un robusto animal, vigor expresado al natural con la fidelidad en que estriba la verdadera pintura... Ese es el escollo de Timeo, y en general de cuantos no tienen mas ciencia que la adquirida en los libros. Fáltales la exposicion viva de las cosas, privativa de los que

hablan por experiencia; pues los historiadores que no han intervenido en ellas no pueden conmovier verdaderamente el ánimo. Nuestros padres exigian de los historiadores descripciones tan verdaderas, tan sentidas, que si se trataba de gobernacion, exclamaban que el autor estaria necesariamente versado en política, y sabria lo que pasa en su esfera; si del arte militar, que habria sido guerrero y peleado en los combates; si de economía doméstica, que habria tenido mujer y criado hijos; y así de las demás carreras de la vida. En efecto, no puede esperarse tal resultado sino en los historiadores que han pasado por la práctica, y eligen el género histórico fundado en la experiencia. No tiene duda que es muy difícil haber figurado uno mismo en todas las cosas, haber representado un papel en todo: pero es indispensable conocer por el uso lo mas importante y mas comun (1). »

Rinton y la hilarotragedia.

Rinton de Siracusa no era historiador sino poeta, y á lo que parece, un hombre de talento que buscaba lo nuevo en la dramática, exponiéndose á no encontrar mas que lo extravagante. Inventó una especie de drama que él llamaba hilarotragedia, ó tragedia jocosa: era una parodia cómica de la tragedia, un drama satírico sin sátiros. El *Gotoso-Trágico* de Luciano, y el *Pié-Ligero* que se añade por contradiccion, pueden dar una idea de lo que serian las farsas dramáticas de Rinton. Mas adelante diremos algunas palabras del mejor de ambos poemas.

(1) Polibio, *Historia general*, libro XII, cap. 25, 1.º.

Teócrito.

Por fin, hé aquí un gran poeta, un poeta esencialmente siciliano, que en nada se parece á cuantos le precedieron, y fué original, no solo en un género, como se dice, sino en los géneros mas diferentes. El idilio menos hermoso de Teócrito vale mas que todo Calímaco y que todo Apolonio. Era de Siracusa; mas se ignora la fecha de su nacimiento y la de su muerte. Su vida seria casi desconocida si él mismo no hubiese citado de ella las principales circunstancias. En su mocedad residió algun tiempo en Cos, donde recibió lecciones del poeta Filétas; en seguida pasó á Alejandría probablemente con su maestro, y permaneció allí hasta el año 275, poco mas ó menos. Tolomeo Filadelfo, á pesar de su generosidad y esplendidez, no consiguió que Teócrito se quedara en su corte, y tal vez se la hacia inaguantable la envidia de Calímaco ó de otro cualquiera de los poetas con diploma del Museo. Restituyóse á Siracusa, y apenas volvió á ausentarse de Sicilia. Allí compuso casi todas sus poesías. Algunos pretenden que Hieron no hizo caso de él, lo cual apenas creemos. En la produccion intitulada las *Gracias ó Hieron*, quéjase en efecto de que los potentados de la tierra hagan poco caso de las Musas; pero nada prueba que esas sean reconvenciones indirectas al héroe de quien hace en seguida tan magnífico elogio; y á suponer que hasta entonces Hieron aun no hubiese pensado en él, no dejó sin duda de reparar su falta, despues de leer aquellas finas y graciosas manifestaciones. Parece que Teócrito murió en edad muy avanzada, y que á lo último de su vejez tuvo la desgracia de asistir á la toma de Siracusa por los romanos.

Dejó poesías de varias clases, elegías, himnos, yambos, de los que nada poseemos; epigramas, de los que tenemos algunos; y los *Idilios*, que han llegado los mas hasta nosotros, y casi sin alteraciones ni blancos.

Idilios de Teócrito.

La palabra idilio, εἰδύλλιον, es el diminutivo de otra, εἶδος, que significa propiamente *imágen*. El idilio es pues una imágen reducida, un bosquejo, y por extension, un poema breve de cualquier género. El título de la coleccion de las poesías de Teócrito corresponde á corta diferencia á las que nosotros llamamos poesías sueltas (*poésies fugitives*); mas como algunas producciones de la coleccion son cantos bucólicos, y en particular la primera, concíbese que haya quien considere la voz idilio como designacion del género pastoril, y que el vulgo tenga á Teócrito por cantor de pastores no mas. En realidad, en sus treinta idilios hay poemas de toda clase, y son pocos los en que figuran cabreros ó pastores. Hay composiciones épicas; tambien las hay líricas; tal idilio es un mimo, otro un epitalamio; otro una epístola, como se decia en tiempo de Boileau; otro es un mero epigrama, y algunos en fin son sencillamente idilios en el sentido genuino de la palabra, sin que puedan caber en ninguna clasificacion conocida. Casi todos estos poemas están escritos en dialecto dórico, y casi todos en versos hexámetros. Sin embargo, el vigésimo quinto está en dialecto jónico; el trigésimo está en la lengua y en el metro de los cantos anacrónticos; por último, el vigésimo octavo y el vigésimo nono pertenecen por la forma del verso y en parte por el tono del lenguaje, á ciertas variedades

de la poesía lírica de los eolios, en las que dominaban las combinaciones del troqueo y del yambo.

Idilios bucólicos.

Poco nos importa que Teócrito fuese el primer poeta bucólico, ó que otros antes que él hubiesen hecho hablar á los pastores en sus obras. Apenas se saben los nombres de los predecesores de este autor. Teócrito es el poeta bucólico por excelencia, y no queremos saber mas. Por otra parte, la idea de hacer hablar á los pastores no tenía en sí la menor originalidad, cuando tantos poetas habian hecho dialogar entre sí á personas de todas condiciones, y cuando Sofronte se habia dedicado á reproducir en sus mimos los modales, el espíritu y el lenguaje de las clases populares.

De todos los poetas bucólicos hoy conocidos, Teócrito es el único que ha pintado al natural á los pastores: queremos decir que tenía á la vista en su país á los cabreros, pastores y boyeros, músicos y cantantes; que las figuras que trazó tenían sus tipos mas ó menos perfectos en la vida real, y que se ciñó á hacer con ellos lo que los poetas dramáticos practicaban para presentar en escena á los hijos de familia, á los esclavos bribones, á los prostitutores, á los sicofantas ó á los soldados: elevó sus modelos á la dignidad del arte. Los demás poetas bucólicos han imitado á Teócrito ó á sus imitadores; ó bien han creado un mundo pastoril completamente imaginario. No es pues de extrañar que los mas no hayan compuesto sino obras ficticias, sin vida, sin interés, y tan diferentes de las del poeta siracusano como la noche del dia.

Los pastores de Teócrito no tienen mas ingenio de lo que

se les puede suponer, y solo tienen la especie de ingenio que se desarrolla espontáneamente en la vida menos utilizada: es una agudeza sencilla y graciosa; nunca es culturanismo. Son apasionados, violentos é injuriosos: son hijos verdaderos de la soledad, y apenas sospechan las comodidades sociales. En suma, les vemos naturales, vivos. Son cabreros, sí, son pastores, son boyeros: á nadie se parecen en el mundo, sino á sí mismos. La lengua que hablan es sobremanera sencilla, pero enérgica como sus pasiones, llena de calor y fuerza; y aunque no midan mucho sus expresiones é imágenes, nunca cesan de ser dignas de la poesía, ora se colmen de injurias, ora digan aquellas cosas que solo un rústico puede proferir sin avergonzarse. Son poéticamente brutales, no obscenos. Sin duda preferiríamos que Teócrito hubiese suprimido algunos rasgos sobrado vivos; mas no nos atrevemos á acusarle de pintor fiel. Con todo, permítasenos preferir, aun á sus cuadros mas admirables de la vida campestre, aun á los en que expresó con mas acierto los ardorosos arrebatos del amor, otros idilios no menos encantadores, pero mas castos y puros. Tenemos para nosotros que las mejores obras maestras de Teócrito son los idilios no bucólicos.

Las Siracusanas.

Las *Siracusanas* son con razon consideradas como un mimo; pero es un mimo en verso. Teócrito presenta, á lo Sofronte, una série de escenas de la vida comun, pero sin enredo dramático, que solo tienen de la comedia el tono del diálogo y los caracteres de los personajes.

Dos comadres de Siracusa, cuyos maridos residen en

Alejandro, se han dado cita en casa de una de ellas, á fin de ir á ver juntas la celebracion de las fiestas de Adónis en el palacio de Tolomeo. Suéltan la sin hueso, murmuran un poquillo de sus maridos, y acaban por ponerse en camino. No sin trabajo llegan al palacio. La calle está cuajada de gente; encuentran los caballos de guerra del rey, y tienen que hender á la puerta del palacio una apiñada multitud, atraída como ellas por la curiosidad. Llevan á cabo su intento: ya se hallan delante de las maravillas de la fiesta, y cerca del lecho en que descansa Adónis. Sus exclamaciones no tienen término. Un vecino quiere imponerles silencio, pero no es él quien dice la última palabra. Con todo, callan cuando la sacerdotisa canta un himno dedicado á Adónis. Después del canto, aun quisieran quedarse; pero una de las dos se acuerda de que su marido está ayuno, y que no sería bueno hacerle esperar demasiado tiempo.

Si la traducción pudiese dar una idea aproximada del carácter de las dos comadres y de su maliciosa sencillez, transcribiríamos parte de su conversacion entre sí ó con las personas de la muchedumbre; pero no nos atrevemos á alterar su amable cháchara haciendo evaporar el aroma dórico que la da tanta sal y gracia.

Idilios mitológicos.

No creemos exagerado poner las *Siracusanas* en primer lugar entre las obras de Teócrito. Junto á ellas pero no á menor altura, hay que colocar la queja amorosa de Polifemo adolescente; pues Teócrito tuvo el don de presentar la mitología tan viva como la imitacion de los cuadros de la vida real; no una sola vez, sino siempre que escribió de aque-

llos antiguos asuntos. La relacion de la primera hazaña de Hércules, por ejemplo, en el idilio vigésimo cuarto, es igual á la composicion análoga que se lee en Píndaro. Los temas mitológicos son para Teócrito algo mas que materias versificables. No se limitó, como sus coetáneos de Alejandro, á depurar mitos antiguos y combinar epítetos: en los personajes imaginarios que pone en escena hay seres verdaderos; en el plan suministrado por la tradicion antigua hay un pensamiento, un sentimiento, algo que sale de las mismas entrañas del poeta. Lo que vé Teócrito, lo que pinta con vivos colores, es el amor maternal de Alcmena, la valentía de los Dioscuros, la hermosura de la esposa de Menelao, un primer amor respetuoso y apasionado, la eficacia del estudio y de la poesía para curar ó á lo menos para calmar los sufrimientos del corazón; lo cual significa sencillamente que Teócrito es poeta, pues para los poetas dignos de este hermoso nombre no hay asuntos gastados ni trillados. Hé aquí el idilio décimo nono, el mas corto de la coleccion, y un idilio mitológico. Ni la poesía anacreóntica tiene nada mas gracioso ni mas fresco que esta breve alegoría. «Un dia el Amor ladrón robaba los panales de una colmena: una abeja enojada le picó con su aguijon la punta de los dedos. El Amor siente un vivo dolor; sóplase la mano, patea y echa á volar. Enseña la llaga á Vénus, y quéjase de que un animal tan pequeño como la abeja haga tan grandes heridas. Y la madre, sonriéndose: «¿No te pareces tú á las abejas? Eres un niño; pero ¡qué heridas causas!»

Epístolas.

Las epístolas de Teócrito, esto es, los idilios en que el

poeta se dirige en su propio nombre á tal ó cual personaje, y en que está hablando desde el principio hasta el fin, no son las composiciones menos preciosas del librito, donde todo tiene su precio. El elogio de Tolomeo (idilio XVII) tal vez no se aparta bastante de las formas oficiales del panegírico, y se excede un tanto en mostrar las virtudes, la nobleza, poderío y munificencia del rey de Egipto y sus antecesores. Esas apoteosis y alabanzas altísimas se resienten del país en que á la sazón escribía el poeta. El idilio tiene mérito por algunos pormenores felices, y por el estilo siempre natural y verdadero, hasta en la expresion de sentimientos exagerados y de ideas mas ó menos sospechosas. Pero la epístola á Hieron (idilio XVI) no deja nada que desear al gusto mas descontentadizo. El elogio del jefe de los siracusanos es sencillo y verdadero; los votos de Teócrito por la felicidad de su patria nacen del corazón de un ciudadano leal; y la apología de la poesía y de los poetas, que ocupa las dos terceras partes del idilio, tiene cierto tinte de melancolía suave y quejumbrosa, que añade su encanto al de las elocuentes invectivas de Teócrito contra el espíritu mercantil de sus contemporáneos, mas ganosos de acrecentar sus riquezas que de ennoblecerse con el amor á lo bueno y lo bello.

La *Rueca* (idilio XXVIII) es tambien una especie de epístola. Teócrito habia dedicado á un tal Nicias, íntimo amigo suyo, médico y poeta, que vivía en Mileto de Jonia, el idilio del *Cíclope*, y el en que refiere la desaparicion de Hílas (XIII). Esta vez envía á la esposa de su amigo una rueca de marfil fabricada en Siracusa, y á la misma rueca dirige sus versos: «Oh rueca amiga de la lana, don de Mi-

nerva, la de los ojos azules, las buenas amas de casa se gozan en los trabajos que ejecutan contigo. Sígueme confiada á la hermosa ciudad de Nileo, cerca del templo de Cipris, al que hacen sombra flexibles y verdes cañas. Que allí pido á Júpiter que impela mi bajel con un viento favorable, á fin de tener la dicha de ver á mi amigo Nicias, y de estrechar entre mis brazos á ese hijo sagrado de las Musas de seductor acento. Y tú, formada de un marfil artísticamente labrado, te ofreceré como regalo á la esposa de Nicias. En sus manos servirás para preparar la materia de toda clase de tejidos propios para vestir á los hombres, de toda clase de transparentes telas, como las que llevan las mujeres. ¡ Así las madres de los corderos se despojen en sus dehesas, dos veces al año, de su blando vellon en provecho de la hermosa Teugénis! Hasta tal punto es laboriosa: ella ama todo lo que agrada á las mujeres de noble carácter. Que no quisiera yo darte á una casa indolente y perezosa, habiendo nacido en mi país, pues tu patria es la ciudad que antiguamente fundó Arquias de Esiro, es la médula de la isla de los tres promontorios, la ciudad de los héroes famosos. Vas pues á estar en casa de un hombre que sabe una infinidad de excelentes remedios para preservar á los mortales de las funestas enfermedades; vas á morar en la amable Mileto, en tierra de Jonia, á fin de que Teugénis se distinga entre sus compañeras por la hermosura de su rueca, y la haga pensar en el poeta su huésped. Si, al verte se dirá: «Pequeño es el regalo, pero el agradecimiento es grande: todo es precioso lo que viene de un amigo.» La Musa nunca ha hablado con mas delicadeza y gracia; y se comprende el dicho de Luis XIV, quien sin embargo no ha-

bia leído mas que una traducción del idilio: «Es un modelo de galantería.» El juicio de un hombre tan inteligente en la materia nos dispensa de encarecer el mérito singular de esta deliciosa poesía.

Epigramas de Teócrito.

Los epigramas de Teócrito no lo son sino en el sentido pristino de la palabra. Son breves inscripciones para estatuas, para ofrendas y sepulcros. No todos están escritos en versos elegíacos, ni en dialecto dórico. Solo se distinguen por la propiedad del estilo, y por la elegancia sencillez que es el carácter comun de los escritos todos del poeta. Hay uno, sin embargo, el *Voto á Príapo*, que es algo largo, y merecería figurar entre los idilios. La fresca y galana descripción del sitio campestre donde se levanta la estatua del dios, recuerda sin mucha desventaja los deleitosos cuadros con que Teócrito suele amenizar sus poemas bucólicos.

Juicio sobre Teócrito.

«Teócrito es admirable en su género: por lo demás, esta musa rústica teme, no solo el foro, sino hasta la ciudad.» Esas palabras son de Quintiliano. Algo vago es el elogio. El retórico latino no vió en el poeta de Siracusa mas que al cantor de las Tirsis y de los Dametas. Sí, por cierto, Teócrito es admirable en el género pastoril; pero tambien lo es en otros muchos, y hasta en los mas extraños á la poesía campestre. La trompa de Homero no daba sonidos falsos en su boca, y la lira de Anacreonte producía en su mano melodiosos acordes. Este privilegiado poeta solo dejó composiciones breves, y en esto es inferior á los maestros de la an-

tigüedad, á los autores de la *Iliada*, de *Agamenon*, de *Antígona*, de *Ifigenia*; pero es de su familia. Iguala á Hesíodo, á Tirteo, á Teognis. ¡En qué consiste que haya tan pocos nombres junto al suyo en la lista de los poetas de genio por la Grecia producidos!

Bion y Mosco.

Bion y Mosco, cuyos nombres ponen algunos al lado del de Teócrito, no carecieron de talento, pero sí, y con sobrada frecuencia, de naturalidad y sencillez. Sus gracias son á menudo afectadas, y su ingenio reemplaza á veces su sentimiento; pero á veces tambien no son indignos del poeta que tomaron por modelo. Teócrito, que pudo leer sus obras y era amigo suyo, les reprochó sin duda las galas con que se complacian en adornar su estilo; debió de sentir que su Musa abandonase demasiado el campo, ó pensara demasiado en los aplausos de las personas cultas de la ciudad. Nos figuramos empero que hallaría muchas cosas dignas de alabanza en aquellos versos tan bien compuestos, y en aquella dicción tan felizmente parecida á la suya. Bion y Mosco, con todos sus defectos, honran verdaderamente la poesía dórica y á la Sicilia.

Bion no era siciliano; pero vivió en Siracusa. Dónde nació, y cómo murió, lo sabemos por Mosco. En su lamentación fúnebre sobre Bion: «Hé aquí para tí, exclama, ¡oh el mas armonioso de los rios! un segundo dolor; hé aquí un nuevo dolor ¡oh Méles! Antes perdiste á Homero, al dulce intérprete de Calíope, y lloraste á aquel esclarecido hijo con el gemido de tus ondas, y llenaste el mar entero con tus quejas. Ahora derramas lágrimas por otro hijo tuyo, y te

consumes en un reciente pesar (1).» De modo que Bion era de Esmirna, y probablemente de origen jónico. El país en que vivió, y particularmente los ejemplos y triunfos de Teócrito, explican bastante porqué no escribía en el idioma de su ciudad natal, y porqué le dió Mosco el dictado de Orfeo dórico. Es probable que Bion no llegó á una edad avanzada, pues pereció envenenado: «El veneno se acercó ¡oh Bion! á tu boca; y tú viste el veneno. ¿Cómo pasó por tus labios y no se endulzó? ¿Qué mortal fué bastante cruel para prepararte un veneno, para dártelo mientras hablabas? ¿Y no cedió á la seducción de tu canto (2).» Los amigos del poeta tuvieron á lo menos la satisfacción de ver el castigo de los malvados que le quitaron la vida. «La justicia, añade Mosco, les alcanzó á todos.» Mosco enumera algunos de los contemporáneos que le acompañaban en su sentimiento, y en sus palabras vemos que Teócrito, anciano ya seguramente, sobrevivió á Bion. «Todos aquellos á quienes dieron las Musas una boca sonora, todos los poetas bucólicos lloran tu destino y tu muerte. Lloran Sicelidas, gloria de Samos; y entre los cidonios, Licidas se deshace en llanto, Licidas, á quién veíamos antes con ojos risueños y gozoso semblante. Filéas gime entre los triópidos sus conciudadanos, á orillas del río Hales; y Teócrito gime en Siracusa (3).»

Con respecto á Mosco, todo lo que de él sabemos es que nació en Siracusa y fué discípulo de Bion. Dice propiamente que Bion hizo poetas, y que él mismo es uno de estos: «Por mi parte, te canto los acordes del gemido ausonio.

(1) Mosco *Idilios*, III, vers. 71 y sig.

(2) Id., *ibid.*, vers. 116 y sig.

(3) Id., *ibid.*, ver. 94, y sig.

Que no soy extraño al canto bucólico. Soy uno de los herederos de la Musa dórica que á tus discípulos enseñaste. Nos has dejado la mejor parte de tus bienes: otros poseen tus riquezas; pero me legaste el canto (1).»

Lo que resta de las obras de Bion y Mosco no tiene nada que ver, ó casi nada, con la poesía bucólica; y el título de *Idilios* que se lee á la cabeza de aquellas composiciones, corresponde aun menos que en la colección de Teócrito á la definición acreditada. Son lamentaciones fúnebres, poesías épicas, fragmentos epitalámicos, etc. Con todo, es bastante verosímil que los cantos bucólicos entraban por mucho en lo que ha perecido; y no sin razón daba Mosco á Bion el título de pastor, y usaba respecto de sí mismo el lenguaje que hemos visto.

El primer idilio de Bion, que tiene cerca de cien versos, y pasa por su obra maestra, es una endecha sobre la muerte del bello Adónis: poema gracioso y lastimero, lleno de sentimientos suaves y tiernas imágenes. Contiene una escena verdaderamente patética, que sugirió al Tasso uno de sus más admirados cuadros. Vénus llega al lado de Adónis moribundo, como Herminia al de Tancredo; y la expresión de dolor y desesperación de una amante no es menos aguda y verdadera en los versos del poeta griego que en los del gran poeta italiano. Hay empero más de un rasgo, más de una frase, que Teócrito habría borrado si hubiese escrito el idilio de Bion. Los hay hasta en las palabras que Bion pone en boca de Vénus. Teócrito no hubiera hecho decir á la diosa: «Mi ceñidor ha perecido contigo.» La idea es exacta; pero Teócrito la habría presentado de otra manera, y con

(1) Mosco. *Idilios*, III, vers. 100 y sig.

una imágen menos afectada. Sea pues cual fuere el atractivo de este hermoso poema, no podemos menos de preferir otras producciones en que el lenguaje de Bion es mas sencillo, y en que el gusto mas severo no halla nada que tildar. Tal es el fragmento del idilio que se titulaba *Epitalamio de Aquiles y Deidamia*; y tal es principalmente el segundo idilio, que vamos á insertar íntegro. Un cazador muy jóven aun, que cazaba pájaros en un soto umbrío, divisó al ligero Amor posado en la rama de un boj. Maravillado al ver aquel ave, que tan grande le parecia, juntó todas sus varetas, y se puso acechar al Amor, que revoloteaba á uno y otro lado. Pero pronto se enoja del mal éxito de sus esfuerzos: tira las varetas, y va á ver á un viejo labrador, que le habia enseñado el arte de cazar con reclamo. Cuéntale su aventura, y enséñale al Amor posado en la rama; pero el anciano meneaba la cabeza, y responde al niño: «Suspende la caza, y no ataques á ese pájaro. Huye léjos de él, que es un animal dañino. Mientras no le cojas, serás feliz; pero cuando llegues á la edad del hombre, ese pájaro, que ahora huye y revolotea, vendrá de pronto por sí mismo á posarse en tu cabeza.»

Los versos que hemos citado de la endecha sobre la muerte de Bion son los mejores de Mosco. Al lado de los acentos de un dolor verdadero y muy sentido, hase podido observar cierto énfasis, cierta violencia. Por lo demás, el idilio dista bastante de ser una obra maestra: llorando Mosco á su maestro y amigo, estuvo mucho menos inspirado que Bion al llorar á un héroe imaginario; pero tal vez el modelo que tenia á la vista fué antes perjudicial que favorable á la perfeccion de su poema. Bion presenta toda la

naturaleza afligida á la muerte de Adónis: laméntanse los Amores, luego Vénus, las Gracias y las Musas; pero el dolor de los Amores, y sobre todo el de Vénus, llena casi todo el idilio. Mosco nos pinta á su vez un duelo universal; pero aquí la enumeracion es interminable, y antes de llegar á los rasgos de elocuencia y sentimiento que hemos notado, hay que pasar por los gemidos y suspiros, no solo de las Musas sicilianas, no solo de Febo, no solo de ruisenores y cisnes, sino de abejas y golondrinas, de ovejas y delfines, de árboles y flores, de valles y montañas, y como hemos visto, hasta de los rios.

Además de la endecha en honra de Bion, hay tres idilios enteros: *Amor fugitivo*, *Europa*, y *Megara esposa de Hércules*. El primero es una filiacion del Amor, hecha por Vénus. Parécenos que esta madre sabe y explica demasiado bien los defectos y la malicia de su hijo; y si el retrato es verdadero, puede observarse que no tocaba á Vénus hacerlo. Creemos tambien que Mosco hubiera podido dispensarse de hacerla decir que la antorcha del Amor abrasa al mismo sol. *Europa* es una composicion mucho mas larga, y escrita, no ya en lengua dórica, sino en dialecto épico. Es la relacion del rapto de la hija de Agenor. Los preliminares son de una prolijidad desproporcionada: el poema entero solo consta de ciento sesenta y un versos, ó segun algunos editores, de ciento sesenta y dos; y Júpiter no ve á Europa hasta el verso septuagésimo cuarto, y el toro divino no llega hasta el octogésimo nono al prado donde la jóven se divierte con sus compañeras. El tercer idilio es una conversacion sencilla y patética entre la esposa de Hércules ausente y la madre del héroe. Megara se lamenta de la muerte

de sus hijos, asesinados por su padre, y del triste abandono en que se consume su vida: Alcmena la consuela gimiendo con ella, manifestándola una ternura maternal, y refiriéndola un sueño que al parecer presagia nuevas desgracias al que ambas aman. A nuestro entender, este idilio es la obra maestra de Mosco. A lo menos es la mas sencillamente escrita, y apenas puede reprocharse al poeta una palabra rebuscada, ó una imágen harito relumbrante, ó una comparación demasiado alambicada. Con respecto á los fragmentos de idilios que van á continuación de las poesías enteras, son del todo insignificantes, y la coleccion termina con un epigrama que manifiesta la facilidad con que Mosco se dejaba llevar de las ideas falsas y del mal gusto. Hé aquí el epigrama, que se intitula el *Amor labrador*: «El temible Amor, habiendo dejado la antorcha y el arco, tomó un aguijon para pinchar á los bueyes, y echóse la alforja al hombro. Despues unció el cuello de los toros al fatigoso yugo, y sembró el fértil surco de Céres. Enseguida levantó los ojos al cielo, y habló á Júpiter de esta manera: «Fecunda mi campo, si no quieres que te haga arrastrar mi arado, á tí, toro de Europa.»

Los que tal vez han tenido el antojo de comparar este artículo sobre Bion y Mosco con lo que publicamos en la primera edicion de nuestra obra, nos acusarán sin duda de contradiccion, y extrañarán que ahora consagremos algunas páginas á estos dos poetas, cuando antes nos contentamos con dedicarles treinta y dos líneas. Es de advertir que antes hablamos casi únicamente de sus defectos, y que ahora les hacemos mas imparcial justicia, explicando la parte excelente de sus obras, juzgándoles en sí mismos, y no exi-

giéndoles ya tan imperiosamente que se ajusten al ideal que habíamos concebido al leer á Teócrito. Por lo demás, ya se ha visto que no disimulamos ninguna de sus imperfecciones. Nos alegramos de haber cedido así á las finas objeciones que nos dirige el erudito D. Braulio Foz en su *Literatura griega*, y de habernos puesto de acuerdo con él sobre el único punto quizás en que sus opiniones y las nuestras diferian al parecer esencialmente, en el fondo y sobre todo en la forma.

CAPÍTULO XL.

Otros escritores del siglo III antes de Jesucristo.

RIANO.—ARATO.—EUFORION DE CHÁLCIS.—HERMESIANAX, ETC.

Riano

Mientras la poesía y la ciencia resplandecian con tan viva luz en la patria de Teócrito y Arquímedes, y en tanto que la erudicion alejandrina fingia talento y genio, apenas quedaban algunos hombres dignos del nombre de poetas ó prosistas, diseminados en diversos países.

Un tal Riano, cretense, escribió algunos poemas heróicos: Una *Heracleida*, unas *Tesálicas*, unas *Meseniacas*, etc. Para escribir Pausanias sus interesantes si no auténticas relaciones de las guerras de Mesenia, valióse principalmente de las *Meseniacas* de Riano. Las *Tesálicas* eran segun toda probabilidad, como las *Meseniacas*, una especie de historia en verso. La *Heracleida* se pareceria á todos los poemas del mismo nombre, y perteneceria á la clase de epopeyas que tenian por asunto la vida entera de un héroe, y adolecian,